

No obstante esto, elévate cada día más, si aun es posible, en la región diamantina del mundo de lo bello para que nunca jamás perezca tu memoria, cuya es la sentencia del árbitro del buen gusto, del gran lírico latino:

*“Yllum aget penna metuenti solbi
Fama superstes.”*

Para mí, Maestro queridísimo, ya has herido con tu frente radiosa las estrellas, y las yedras, premio de las inteligencias preclaras, te mezclan con los numenes celestiales; ya por derecho propio eres inmortal, y tu verdadero elogio está contenido en aquel verso sublime del divino Homero, que tan devota admiración causara al inimitable Orador Romano en aquel apóstrofe honrosísimo dirigido al anciano Néstor, símbolo y personificación de la sabiduría helénica:

Τὸδ' αὖτις ἀπο χροσσοῦ μελιτος γλυκίου ῥήγανδι.
“la palabra fluye de tus labios más dulce que la miel!”



MAESTRO.



*Dum iuga montis aper, fluvios dum piscis amabit,
dumque thymo pascentur apes, dum rore cicadae,
Semper honos, nomenque tuum, laudesque manebunt.*

VIRGILIO.—Bucólica, Egl. V.

Mientras los jabalíes moren en las cumbres de los montes, y los peces en los ríos, mientras las abejas liben el tomillo y las cigarras el rocío, siempre vivirán entre nosotros tu gloria, tu nombre y tus loores.



I.



INSENSIBLEMENTE arrastrados por el deseo de admirar, lo más de cerca posible, como Obispo y Orador, al Ilmo. Señor Silva, esa lumbrera intelectual y moral de nuestra historia contemporánea, hemos ido demasiado lejos; la fatiga del ascenso nos obliga ahora a parar mientes en que el barómetro de nuestro criterio marca el límite de altura a que puede llegar nuestra débil razón, apoyada en los exiguos conocimientos que posee: más allá, el vértigo se apoderaría de nosotros, y rodaríamos sin remedio a un abismo, porque en la región de las nubes, tan pronto como se llega a una cierta altura, hasta el vapor del incienso se congela y cae formando la escarcha y el granizo. Hemos sentido la voluptuosidad de la audacia feliz que con tanto ahínco como arrojo llevó nuestra admiración ferviente hasta muy cerca del excelso espíritu de aquel coloso; pero la mirada y la inteligencia vuelven al suelo anonadadas, y el divino terror de lo infinito se apodera con silencioso imperio de las facultades de nuestra alma. Es ésta una ley ineludible del espíritu humano: Lamartine, al entrar en Constantinopla, “el lugar más hermoso del mundo, a juicio de todo el mundo,” la ciudad más espléndida de Europa, según Chateaubriand “el más bello espectáculo del Universo,” “la hada de los mil amantes,” como la llaman los turcos, arroja un grito de asombro y da gracias a Dios por tanta maravilla, revelando así la intensa e inexplicable sensación que debe haber producido en su alma privilegiada el espectáculo grandioso de aquella voluptuosa Stambul, rara mezcla de risueña y elegante ciudad europea y de austera y soberbia población oriental; muellemente

reclinada sobre sus valles amenos, sus bosques exuberantes, sus floridos jardines y sus extensas colinas no interrumpidas desde el castillo de las Siete Torres, hasta los cementerios de Eyub; día á día acariciada con rumor sonoro por las cristalinas ondas del Cuerno de Oro, del golfo de Nicodemia y de las azuladas linfas del mar Egeo; bañada por el Bósforo y las salobres olas del Mar Negro y del mar de Mármara; engalada por los millares de plateadas cúpulas, de altísimos minaretes, de pintadas torres y de almenados muros de sus veinte ciudades componentes, Galata, Pera, Scutari, Bitinia, Terapia, Bujuk-deré y demás; un día la Metrópoli fastuosa del Imperio de Oriente, ostentando "los grandes pórticos que la atravesaban, del mar á la muralla, las cúpulas doradas, los colosos ecuestres que se alzaban sobre pilastras titánicas, ante los anfiteatros y las termas, las esfinges de bronce sentadas sobre pedestales de pórfido, los templos y los palacios que levantaban sus frontispicios de granito en medio de un pueblo aéreo de divinidades de mármol y de Emperadores de plata" . . . y hoy, "odalisca que se reclina sobre un sepulcro, aguardando su hora . . .;" Edmundo de Admicis, al visitar el monasterio del Escorial, "el Leviatán de la arquitectura, la octava maravilla del mundo, el mayor pedazo de granito que existe sobre la haz de la tierra," siente que la sangre se le hiela en las venas, su mente se desvanece y la meditación profunda pliega sus labios; Chateaubriand, Lord Byron y Victor Hugo, al recorrer la Alhambra de Granada, el palacio más encantador del globo terráqueo, aquel ensueño mágico de todas las almas soñadoras, embeleso del corazón de todos los poetas, aquel grito de alabanza al Dios del Islam, traducido, cincelado, hecho realidad tangible en una arquitectura expresiva del poder, de la gloria, de la grandeza, de la hermosura, de la voluptuosidad y "del amor con sus misterios, sus caprichos, sus efervescencias y sus impulsos de reconocimiento hacia Dios," experimentan la fascinación irresistible de tan espléndida belleza; la recorren sorprendidos, á cada paso maravillados, desde la calle de los Gomeles, hasta las cumbres encantadoras, hoy ruinas, del Generalife; quedan sin palabra, embriagados por un sentimiento de gratitud é inexplicable ternura, y antes de separarse para siempre de tan hermoso recinto, dejan en uno de los muros del pabellón abierto, llamado el *Tocador de la Reina*, grabados sus esclarecidos nombres. ¡El tributo misterioso arrancado forzosamente á sus almas, conmovidas allí hasta la sublimidad del arrobamiento y de las dulces lágrimas! ¡Señal de que sus espíritus luminosos extasiados con los murmullos sonoros del Darro, reconstruyeron allí el castillo de sus ensueños, y vivieron en un minuto del tiempo la vida de la eternidad! ¡Testimonio irrefutable de su paso por aquel bosque de columnas, por aquel laberinto de arcos, de pórticos, de salones; variedad prodigiosa de encajes, de arabescos, de líneas, de figuras, de adornos, de perspectivas, de luces y colores y de indecisas y ténues claridades; sí, testimonio sellado con los desnudos caracteres de la impotencia humana, supuesto que

ni una sílaba más hallaron que añadir á la cifra respectiva de sus nombres! "El Abate Gaume, abrazando la cruz que corona la cúpula de la Basílica de San Pedro, recitó el credo;" y nuestro sapientísimo Dr. Rivera, recorriendo con entusiasta veneración las históricas ruinas del Fuerte del Sombrero, pedestal grandioso de la figura veneranda de Moreno, fortifica su espíritu con los sentimientos poéticos del dulcísimo Fr. Luis de León, con los inspirados versos de nuestros Navarrete, Valle, Carpio, Prieto y Rosas Moreno; con la evocación del nombre inmortal de Lord Byron, y con una valentísima imprecación del Visconde de D' Arlincourt, y reconcentrando en sí mismo la exaltación de su amor patrio, vivificado allí poderosamente con la majestad del sitio y la sugestiva preponderancia de los recuerdos, sólo puede prometerse —atenta la solemnidad del momento— escribir más tarde la historia sublime del héroe legendario de aquella cima de gloria . . . ¡Tal es el profundo arcano de lo que pasma y maravilla! ¡Oh me miserum! Lo reconozco: el torbellino de las ideas se ha agitado impetuoso por los oscuros rincones de mi cerebro, iluminando con destellos fantásticos el contorno del pensamiento que había intentado emitir como fruto de mi admiración ingente; pero ni ha podido tomar correcta forma, por más que he atormentado el ánimo con el aguijón del deseo, trabajando ayer y hoy bajo la inquietud constante y la terrible zozobra de no alcanzar vida ultra-craniana para la percepción de mi ideal, ni la pluma ha trazado otra cosa que palabras frías, miserables imágenes, raquíticos esbozos sin individualidad propia y sin correlatividad alguna con el verbo de la mente. ¡Inútil todo! . . . La fascinación ha sido, pues, absoluta, y la palabra ha traicionado al sentimiento. No se dirá, por lo mismo, que la grandeza del Ilustre Obispo de Colima abroga las misteriosas leyes de la *fisio-psicología positivista*, toda vez que conforme al singenismo del mundo físico, intelectual y moral, y según este arranque bellísimo del primer poeta de nuestro siglo:

"Hay relación exacta y misteriosa

Entre un bello lugar y una alma pura."

Por lo demás, sólo á las alturas inaccesibles se asciende con regocijo y con honor . . .

II.

PERO vuelvan las brisas de la juventud á oxigenar nuestro ambiente, para que desaparezca la sofocación que nos produjera el placer agudo de tan excelsa contemplación; lleguen los recuerdos de otros días, verdaderamente felices, á traer de nuevo al horizonte de nuestra vida aquella arrogante y varonil figura que bajo el hábito negro del humilde sacerdote, encarnaba para nosotros la verdad y el bien, la ciencia y la virtud, todas las poderosas seducciones

que consagradas por el respeto y la veneración de un pueblo, hacen á un hombre superior. Conduzcamos la imaginación á más sosegados deseos, hacia el trayecto recorrido entre los años de 1871 á 1876, y en ese oasis de nuestra existencia volveremos á encontrarnos con el Maestro amado! ¡con NUESTRO PROFESOR! ¡EL PADRE INTELLECTUAL! ¡El irremplazable en el corazón de sus primeros discípulos! ¡Como que tuvo en sus manos el alma de cada uno de ellos, y al darlas el primer contorno para la ciencia y la virtud les comunicó un soplo cariñoso de su esencia misma! ¡Ah! yo quisiera saludar la evocación de esa personalidad única en el mundo de mis recuerdos, con una frase especial, nueva, cariciosamente elaborada para ella, que reasumiera mi alegría intensa dilatando el corazón con el espectáculo de la ventura gozada; grito, palabra ó sonido que por sí solo arrancara lágrimas de verdadera ternura á cuantos ojos —de entre los que van á pasearse por estas pobres líneas— guardan, como yo en la retina del alma, su figura bendita, embellecida con la aureola de la potestad docente. Querría construirle el arco triunfal de nuestro gigantesco cariño, para que bajo él entrase como rey de genios, aquí donde hasta el movimiento espontáneo que da forma tangible á estas ideas, le rinde completo vasallaje. ¡Pero triste desencanto! la palabra humana no consigue expresar aún todas las necesidades imperiosas del espíritu! Nuestra pequeñez, por otra parte, es bien reconocida, é inmensamente lejos nos hallamos de crear la nueva fórmula que diera interpretación original al sentimiento que tratándose de él nos domina. Tendremos, pues, en esta tendencia al imposible, que conformamos una vez más con el convencionalismo de nuestra edad, aceptando, por la fuerza, el término vaciado en el molde vulgar, la frase estereotipada, el giro lanzado á la corriente, ya inservibles por el uso, como una moneda antigua puesta por mucho tiempo á la circulación cotidiana.

Y esto hará que el cuadro que intentamos bosquejar, no obstante las fisonomías risueñas, infantiles y graciosas, como la mañana de la vida, de nuestros condiscípulos muy amados, y á pesar de la diáfana brillantez que irradiaba la personalidad augusta de nuestro respetabilísimo Maestro, y de los mil encantos que arrojen con la intensidad sugestiva de un poder que no nos es dado contrarrestar, ora la perspectiva auroral de aquellos seres, ora el colorido peculiar de los hechos, ora la localización de los recuerdos, vivos todos en la memoria y queridos siempre en nuestro corazón desde aquella edad de eterna remembranza; esto hará, repetimos, que la impotencia de la palabra, al dejar caer aquí su velo de tul, acentué más y más la melancolía de tan halagadoras visiones, hijas de tiempos lejanos ya y de seres desligados de nuestra existencia, los unos por la profunda síma del sepulcro, los otros por la racha violenta del huracán de la vida, que en uno de sus desastrosos ímpetus ha roto para siempre, entre ellos y nosotros, hasta la cadena de las reminiscencias infantiles, haciendo imposible ahora el de-

leite de toda descripción lúcida, congruente, ó cuando menos ajustada á los caracteres de una prudente verosimilitud. . . . Mas ¡ah! ¡respiremos con alegría! De ese espantoso naufragio que *todo* pudo arrebatarnos, hemos salvado el cariño de nuestro Maestro, su amor entrañable y su paternal solicitud. El, como la verdad y el bien, es para nosotros inmutable! Y hoy, como hace veinticinco años, le hallamos de pie en el sendero de nuestra vida!

III.

FUNDADO el Seminario Conciliar de Guadalajara el año de 1700 por el Ilmo. y Rmo. Sr. Galindo y Chávez; engrandecido, á mediados de ese siglo, por el celo infatigable del Ilmo. y Rmo. Sr. Gómez de Parada; dotado de nuevas constituciones, en los principios de esta centuria, por el Ilmo. y Rmo. Sr. Ruiz de Cabañas, y vigorizado, en el segundo tercio de nuestro siglo, por el glorioso empuje del Ilmo. y Rmo. Sr. Espinosa y Dávalos; en esa su vida de cerca de 200 años, y en su categoría de primer baluarte de la cultura jalisciense, siempre se vió reinar en sus aulas, con poder absoluto, al escolasticismo, rígido é inflexible; á la filosofía especulativa, intolerante y omnívora. El tradicionalismo de sus principios no registra hasta allí, ni una sola veleidad con tendencia obstruccionista ó de libre emancipación; la inmovilidad de aquellas enseñanzas constituía todo el patrimonio intelectual de su grandeza; y todos los ingenios, en ese medio ambiente educados, aún los más grandes y de más poderosos vuelos, se sometieron de grado á tan inexorables leyes, y plegaron sus alas para poder vivir en aquella región semientumecida, porque recibía los rayos luminosos y caloríficos de la ciencia, tamizados por el velo del convencionalismo metódico. Así, á la incongruencia de las teorías, se mezclaba lo inadecuado de los procedimientos, propios de espíritus infantiles, pero extrañamente enseñoreados de cerebros lúcidos en fuerza de un largo reinado de aparatoso esplendor que los tenía consagrados, á guisa de preceptos autoritarios y, bajo pena de muerte, en esencia y vida de aquella fortaleza arcaica. La ciencia “quedaba en el papel de los libros,” y el ergotismo de “Profesores dogmáticos, escudados con la rigidez de los métodos y el despotismo de los axiomas,” circulaba como doctrina científica en el tráfico intelectual. La disciplina era allí severa y religiosamente observada: el respeto á la autoridad del maestro, absoluto; la sumisión á las doctrinas preestablecidas, completa; los torneos literarios, se arrastraban por la fútil controversia de la interpretación alambicada de los términos, y en fin, “la sorda vegetación de las ideas,” no traspasaba los dinteles de aquella casa. Como consecuencia precisa, en el fondo, la ciencia y la cultura, eran el patrimonio de muy pocos; y en lo ostensi-